

## ¿Es posible cambiar?

*“Bajo estos pórticos yacía una multitud de enfermos, ciegos, lisiados y paralíticos, que esperaban la agitación del agua. Había allí un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años. Al verlo tendido, y sabiendo que hacía tanto tiempo que estaba así, Jesús le preguntó: ‘¿Quieres curarte?’ Él respondió, ‘Señor no tengo a nadie que me sumerja en la piscina cuando el agua comienza a agitarse; mientras yo voy, otro desciende antes’. Jesús le dijo: ‘Levántate, toma tu camilla y camina’. Enseguida el hombre se curó” (Jn 5,3-9).*

**P. Ricardo E. Facci**

En la vida matrimonial, familiar, muchas veces se pide que el otro cambie. Por esto, vamos a reflexionar sobre el cambio en las personas. Al leer el texto del Evangelio, que preside nuestra cartilla, descubrimos que Jesús nos desconcierta, ¿por qué le pregunta si quiere sanarse, a un enfermo que durante treinta y ocho años sueña con una curación? Esta pregunta sorprende. Todos los seres humanos deseamos ser curados, ¿por qué Jesús hizo esta pregunta a un hombre que estaba enfermo desde hacía mucho tiempo?

Si uno quiere ser sanado de la tendencia a hacer mal muchas cosas o de las culpas, si uno quiere cambiar lo que se siente como cambiante en el corazón, la pregunta es muy oportuna. Es evidente, que para que algo cambie primero hay que quererlo. Este hombre deseaba ser curado, pero no sabía ni cómo ni qué hacer. Estaba imposibilitado para caminar, y no tenía a nadie que le ayudara. Era consciente de que su situación no tenía solución.

¿Cuántas veces uno trata de mejorar, pero experimenta que se es incapaz? ¿Cómo se puede cambiar aquello que uno desea que no esté más? Más aún, se puede experimentar que nadie puede ayudar.

Se comienza a pensar en los diversos intentos, en el tiempo que ha pasado sin lograr objetivos concretos, en la edad, y comienza a decirse a sí mismo, aquel refrán conocidos por muchos, “burro viejo no agarra trote”. Muchas veces se utiliza esta u otras expresiones para intentar acallar la conciencia, pero son solo excusas para no asumir las responsabilidades de la vida. Si no se cree que se puede cambiar, es imposible soñar o proyectar un futuro mejor para sí o para la vida matrimonial, familiar o para la vida cristiana. El crecimiento en todos los sentidos de la vida nos exige cambiar. Nadie crece sin el cambio.

¡Cuántas veces en la familia, en la comunidad cristiana, se nos ha dicho que debemos cambiar! El cambio que se nos exige, puede resultar incómodo, difícil, hasta con sentimientos de imposible. Algunos pueden resistirse al cambio más que otros. Es que debemos saber que la aceptación del cambio no es “natural” en los seres humanos. Todo lo contrario, es algo que se debe aprender y practicar con constancia. Si bien es cierto que el cambio puede ser difícil e incómodo, todos los seres humanos somos capaces de crecer y cambiar convenientemente. Por eso, aunque el burro sea joven o viejo, siempre tiene posibilidad de comenzar a “trotar”, cuando se trata de cambiar cosas importantes de la vida. Por eso, nos equivocamos si creemos que las personas no pueden cambiar, o que uno no puede cambiar. Por supuesto, también nos equivocamos si pensamos que el cambio es fácil.

Les puedo contar mi experiencia personal. Muchas cosas he logrado cambiar en mi vida, faltan muchas otras, pero no bajo los brazos. En mis más de seis décadas de vida, sigo trabajando, soñando, rezando, formándome, para seguir generando cambios en mi vida. Si me quedo en una postura conformista, pobre vida. Además, de crecer en lo espiritual, en lo formativo, constantemente sigo bregando por mejorar mi relación con los demás, por mi organización en el aprovechamiento de mis días, por brindar más tiempo a las consagradas, a los seminaristas, a los sacerdotes, a los matrimonios, a los hijos. Hay muchas actividades que te van a desbordar, pero siempre se puede realizar algo más. Trato de aprender un idioma. Adquirir alguna destreza. Desde cosas grandes hasta las más pequeñas, es posible cambiar. En esta lista no está todo lo que Cristo me pide cambiar, sino se transformaría en una interminable confesión, y no exagero. Pero como desde hace muchos años, cada mañana me levanto con esperanza de que hoy sea mejor que ayer. A veces como el cangrejo, doy dos pasos para atrás y uno para adelante, otras con buenos resultados, pero jamás pierdo la esperanza en quien me sostiene: el Señor.

Hay que cambiar muchas cosas, debemos cambiar. Es importante recordar que el crecimiento en la vida no entra en el rango de la competitividad. La clave no está en ser mejor que los demás, sino en ser mejor de lo que se era antes. Debo evaluar y descubrir que hoy soy mejor que ayer. Si se puede hablar de competencia es en el ámbito de uno mismo. Todas las personas tienen capacidad para mejorar, para crecer. ¡Cuántas veces nos exigieron que cambiemos esto o aquello! Esta reflexión conduce a una pregunta: ¿Estás dispuesto a hacer el esfuerzo del cambio que debes realizar en tu vida? ¿Te animas a cambiar aquello que te pide tu esposa, tu esposo, tus hijos?

La motivación principal para buscar el cambio personal es que a uno le duela permanecer siempre en las mismas actitudes de la vida. Hay que sentir interiormente un dolor profundo por no ser de otra manera. Para aceptar esto es necesaria la humildad. El orgullo y la soberbia nos hacen mantener siempre en la misma postura. Si algo no duele, no se va al médico; si no duele una muela no se va al dentista; si no me duele el pecado en mi interior, no se va al confesionario. Es necesario que duela el modo de proceder en ciertos aspectos, para salir de la inercia monótona de la vida y asumir el desafío del cambio.

Es necesario ser consciente de cómo ciertas conductas y hábitos perjudican y socavan las relaciones matrimoniales y familiares. Es imprescindible discernir sobre el accionar cotidiano para aceptar que el cambio es posible. Lo posible depende de una seria decisión personal de estar verdaderamente dispuesto a cambiar y crecer. Discernir es descubrir otras conductas alternativas y, firmemente, tomar la decisión de cambiar. Esto crea una esperanza que proviene de entender que el cambio puede ocurrir.

Si uno termina un Encuentro, un Trabajo Alianza, una Reunión Bastón, o lo que sea, y no se aplica en lo concreto algo de lo hablado estamos perdidos. Se está perdiendo el esfuerzo, el tiempo. No tiene ningún valor aprender lo que es correcto y luego no hacerlo. ¿Quieres cambiar? ¡Qué bueno, si respondes sí! Hay personas que no desean cambiar. Y cuando uno quiere, nos remitimos al título de la reflexión: “Burro viejo Sí agarra trote”.

Lo que no se puede cambiar es la personalidad, que se adquiere en los primeros años de vida, que es como el rostro con el que nos mostramos ante los demás. Es lo superficial, por ejemplo, ser encantador, cortés, tímido, etc. Es el estilo único con el que nos mostramos. Lo que se cambia es el carácter. Es lo que está detrás de la propia personalidad. Es el conjunto de hábitos (virtudes o vicios) que componen nuestra “segunda naturaleza” como se le llama. Es el aspecto que nos permite crecer, desarrollarnos, madurar. Refleja, el carácter, la madurez en la relación con los demás. Aquí es donde se modela, por ejemplo, la paciencia, la honestidad, la misericordia, la amabilidad, el “escuchar amando”, el ser servicial, el no ser arrogante, pedante, egoísta.

No es difícil saber lo que se debe hacer, la clave es llevarlo a la práctica. Muchos dicen que quieren cambiar y ser mejores, pero no son muchas las personas que hacen los cambios necesarios para lograr lo que se dice, los objetivos que se plantean. En una oportunidad le pregunté a alguien cómo había comenzado el cambio, y me respondió: “Tomé una seria decisión, nadie toleraba lo que yo era, ni siquiera yo, y tomé el toro por las astas”. ¡Qué fácil!, se puede decir. Pero, ¿les parece fácil? El creer que cambiar es fácil, pertenece a las personas que nunca han intentado cambiar.

Lo importante es perseverar en el intento, y al mismo tiempo, que el cambio perdure. Esto se consigue cuando practicamos las nuevas conductas en forma constante, a través del tiempo. Claro, hay momentos que todo avanza muy bien, en otros momentos se interrumpe el trabajo que vamos haciendo, o retrocedemos o nos desalentamos. Los vicios tampoco se consiguen de la noche a la mañana. Debe haber repetición de actos por un buen tiempo.

Cuando cada día se crece, se mejora un poco, llegan a ocurrir grandes cosas. No hay que querer mejorar todo de golpe. Insisto, nadie está llamado a ser mejor que los demás, sí a ser mejor que lo que uno era. Es maravilloso descubrir la capacidad que tenemos de mejorar en la vida.

Una clave para el crecimiento es que quienes conviven con nosotros -cónyuge, hijos- deben colaborar, alentando y jamás ser un palo en la rueda, recriminando. Recordemos, el cambio no es fácil. También, es muy necesario pedirle a Dios la gracia de poder lograrlo. El Señor fue muy claro: “Sin mí nada pueden hacer”.

### **Oración**

Señor Jesús, Tú no quieres para nosotros una vida estática, sino en permanente cambio, de modo que caminemos siempre hacia grandes metas, aquellas, justamente, que nos propusiste Tú.

Sabemos que lo que nos proponemos cambiar no es fácil, y también te escuchamos decir que “sin mí nada pueden hacer”, por esto pedimos tu gracia para que nos fortalezcas en las metas de cambio que nos hemos propuesto. Ayúdanos Señor. Contigo todo es posible. Amén.

### **Trabajo Alianza**

- 1.- Cada uno cuenta al otro lo que desea cambiar. (Lo que necesito cambiar “yo”, no lo que debes cambiar “tú”)
- 2.- Cada uno responde al otro: ¿Qué necesito de tu parte para que me ayudes a cambiar?
- 3.- Cada uno se propone una meta: ¿Cuál sería mi primer paso para iniciar el cambio?
- 4.- A propósito: Y a ti... ¿qué te gustaría que yo cambie?

### **Trabajo Bastón**

- 1.- ¿Cuáles son las causas por las cuales cuesta asumir que se deben cambiar ciertas cosas de nuestras vidas?
- 2.- ¿Por qué es difícil cambiar?
- 3.- ¿De qué modo el cónyuge o la comunidad pueden ayudar a que uno cambie?